

LIBROS Y ROSAS

Para Jaume Vallcorba.

Érase una vez una niñita que fue encontrada en una capilla del monasterio de Santa María de Montserrat, en Cataluña. Era una mañana de abril. La niña era tan minúscula y estaba tan encogida que, a primera vista, la cesta parecía vacía. La niña había quedado oculta en un rincón, pero aun así logró deslizarse, valiente, hasta el extremo de la manta para asomarse a echar un vistazo. El monje que encontró la cesta buscó en vano una explicación cuando su mirada se encontró con los ojos de madera de la Virgen de Montserrat, que llevaba siglos sosteniendo a su hijo en el regazo, un niño de manto dorado que no respira ni crece. Mientras miraba a la divina señora, el monje fue consciente de su amor infinito y cayó de rodillas ante ella pidiéndole que le dijera qué debía hacer. Ya en el suelo, descubrió que se había arrodillado sobre un trocito de papel que la niña, al moverse, había arrojado fuera de la cesta. La nota decía así:

1. AQUÍ TENÉIS A UNA VIRGEN NEGRA, ASÍ QUE
SABRÉIS QUERER A ESTA NIÑA TANTO COMO YO.
POR FAVOR, LLAMADLA MONTSERRAT.
2. ESPERADME.

La niña llevaba al cuello una cadena dorada en la que había una llave. Mientras crecía, se probaron en vano todas las cerraduras de puertas y armarios del monasterio. Tenía que seguir esperando, y para Montse aquella idea, propuesta o promesa —¿cómo llamarla?— constituía tanto un consuelo como una gran frustración. Si hubiera sido una niña blanca los monjes de Santa María de Montserrat la habrían puesto bajo la tutela de una familia del lugar, pero era negra, como la cara y las manos de la Virgen que ellos adoraban. Le pusieron de apellido Fosch^[1], no solo porque era negra sino por lo oscuro de su origen. Por su parte, los monjes se esforzaron por aprender

todo lo necesario sobre los cuidados de un bebé. Pecaron de indulgentes con demasiada frecuencia y discutieron mucho sobre si ese grado extremo de cariño era un pecado mortal o venial. En cualquier caso fueron los monjes benedictinos quienes alimentaron, vistieron y pasearon a Montse. Y también ellos soportaron sus berridos mientras le salían los dientes e hicieron repicar durante horas las campanas de la iglesia el día que dijo sus primeras palabras. Ni de pequeña ni de mayor tuvo jamás Montse la menor duda sobre la devoción de sus numerosos padres, y en parte fue esta la que le ofreció consuelo cuando, primero en el colegio y más tarde en la ciudad, la miraban de forma extraña o la insultaban; tales palabras y miradas a veces la dejaban cabizbaja unos cuantos pasos, pero la tristeza nunca le duraba demasiado. Ella era hija de la Virgen de Montserrat y de forma herética e instintiva sentía que la propia Virgen no era sino el símbolo de una poderosa Madre-Hermana, alegre y afligida al mismo tiempo. Una diosa que no la guiaba o protegía sino que siempre iba con ella y cuya presencia tangible se sumaba a la suya cuando era necesario.

Cuando Montse tuvo edad suficiente entró a trabajar en una mercería en Les Corts hasta que los parientes de la señora Cabella no quisieron hacerse cargo del negocio y la tienda cerró.

«Eres una chica trabajadora, Montse —le dijo la señora Cabella—, y sé que llegarás lejos si te dan la oportunidad. Ya conoces esa monstruosidad en el Paseo de Gracia, la Casa Milá. La gente la llama La Pedrera porque parece una cantera, un montón de piedras puestas unas encima de otras. Una chica honrada y formal puede encontrar allí trabajo como lavandera. ¿Te parece bien? Entonces, vete a ver a la señora Molina, la mujer del conserje. Dile que te envía Emma Cabella. Dale esto».

Y la señora escribió una recomendación cuya lectura hizo ruborizar a Montse.

A la mañana siguiente fue a ver a la señora Molina a La Pedrera. Esta la mandó arriba, a ver a la señora Gaeta, que le dio su aprobación y le entregó un delantal. Tras ponérselo, trabajó, trabajó y trabajó sin parar hasta que las semanas se fueron convirtiendo en meses. Montse trabajaba el doble de rápido para que la señora Gaeta no se diera cuenta de que, además de la ropa de los residentes que le habían sido asignados, lavaba también la de la familia Cabella. En La Pedrera el personal cambiaba sin parar, y sin previo aviso cada semana aparecían chicas nuevas, mientras otras desaparecían sin despedirse. La señora Gaeta conocía todas las caras y todos los nombres, aunque los uniformes hicieran que las propias chicas tuvieran dificultades para

reconocerse. Era la señora Gaeta quien daba trabajo a las chicas y también quien las despedía si no se esforzaban lo suficiente. Se paseaba por el ático agitando un abanico lacado en rojo mientras inspeccionaba todas las actividades que allí se llevaban a cabo. Los residentes de la Casa Milá consideraban una joya a la señora Gaeta y a las lavanderas les caía bien porque a veces se unía a ellas cuando se ponían a cantar; era como si alguna vez hubiera sido una de ellas, a pesar de las telas de damasco y camafeos que ahora llevaba. También les gustaba la señora Gaeta porque era excitante oírla hablar: lanzaba los juramentos más contundentes e inusuales que habían escuchado jamás, cosas realmente irrepetibles, y todo ello con una voz ligeramente estremecida, como el sonido de un arpa. Su política era emplear a mujeres de aspecto saludable que no fueran a desarrollar problemas de espalda prematuramente. Pero no siempre acertaba. Había chicas que envejecían de la noche a la mañana. Otras eran inesperadamente perezosas. Las mujeres que se preocupaban por su reputación tampoco duraban mucho en la lavandería del ático: buscaban y encontraban trabajo en edificios más normales.

Existía la opinión generalizada de que la mansión mandada construir por la familia Milá era un completo fiasco. La culpa recaía fundamentalmente en el arquitecto. Contó con los materiales adecuados pero saltaba a la vista que no supo hacer buen uso de ellos. Un edificio de piedra, vidrio y hierro debería ser austero y sobrio, una atalaya desde la que vigilar de forma benevolente la sociedad. Pero la blanca piedra del edificio se ondulaba como si reaccionara a la mano que hubiera descubierto su punto más placentero al tacto. Un famoso periodista había descrito este efecto como «de una perniciosa sensualidad». Y por si esto fuera poco, todo el edificio resplandecía con un escandaloso tono rosáceo al amanecer y a la puesta del sol. Los ciudadanos respetables no podían evitar sentir que la casa expresaba la actitud de sus habitantes, que tenían que estar locos o bien dedicarse sin interrupción a actividades indecentes. Pero a Montse la casa en la que trabajaba le parecía hermosa. Se ponía en una esquina de la acera, levantaba la mirada y lo que veía colmaba sus sentidos. Para Montse, La Pedrera era un lugar magnífico. Pero entonces su gusto carecía de refinamiento. Su mayor tesoro era un trozo de estaño brillante que había ganado en el tiro al coco de una feria, un hecho que no puede omitirse.

Sin embargo, había un puñado de personas cultas que compartían la admiración de Montse por La Pedrera; una de ellas era la señora Lucy, que vivía en el segundo piso y discutía frecuentemente con quien hiciera falta

sobre si su hogar era o no un crimen estético. De vez en cuando venían periodistas a entrevistarla y cuando se marchaban hacían un último comentario despectivo, pero la señora Lucy se negaba a que tuvieran la última palabra y se quedaba allí discutiendo a voz en grito. Siempre se planteaba la cuestión de los ángulos rectos: ¿cómo podía soportar la señora Lucy vivir en una casa sin un solo ángulo recto..., ni tan siquiera en el mobiliario?

«Pero, vamos a ver, ¿quién necesita ángulos rectos?», preguntaba la señora Lucy mientras cerraba de un portazo la puerta del vestíbulo y subía riéndose las escaleras.

La señora Lucy era pintora y sus ojos recordaban el amanecer. Al igual que Montse, llevaba una llave colgando de una cadenita en torno al cuello, pero, a diferencia de aquella, decía a la gente que tenía cincuenta años y les lanzaba miradas desafiantes confiando en que le dijeran lo bien que se conservaba. (En realidad tenía treinta y cinco años, solo cinco más que Montse. Una de las lavanderas había escuchado a un galerista rogarle que dejara de decir que tenía cincuenta años. Lucy respondió que recientemente había acudido a exposiciones de algunos colegas y quería descubrir si los hombres de cincuenta años que pintaban como ella eran tratados con reverencia porque tenían esa edad o por alguna otra razón). Aparte de eso, las criadas estaban un poco decepcionadas con la señora Lucy. Esperaban de una artista que ganduleara por la casa con un pijama escarlata, bebiera cócteles para desayunar y alternara con apuestas granujas y fragantes sirenas. En cambio Lucy mantenía un riguroso horario de trabajo. Mercè, su asistente, trató de defenderla alegando que bebía el café de la mañana en un florero, pero nadie se lo creyó.

Montse se las arregló para ser ella quien entregara la colada a la señora Lucy; ello significaba tener que asumir otras varias entregas para que su jefa, la señora Gaeta, no sospechara. En el apartamento de la señora Lucy había un taller en el que solía empezar sus obras y luego las transportaba a su verdadero estudio. Treinta segundos en el apartamento de Lucy bastaban para que Montse pudiera echar un buen vistazo a esas pinturas incipientes. Lucy se dio cuenta enseguida de que Montse sentía curiosidad por su trabajo y empezó a dejar abierta la puerta del estudio mientras bosquejaba un lienzo. Llamaba a Montse para que juzgara cómo iba progresando el cuadro. «Fíjate en esto...», decía deslizando los dedos sobre un color que se iba oscureciendo en la distancia. El esfuerzo que ponía al dibujar hacía que se le tensaran todos los miembros. Montse veía cómo a veces se quedaba sin aliento aunque

apenas se hubiera movido. Era consecuencia de arrebatarle imágenes al aire: el aire se cobraba algo a cambio.

Montse preguntó a la señora sobre la llave que llevaba al cuello. En realidad no se lo preguntó directamente, simplemente se puso a hablar para poder quedarse un poco más. Pero la señora Lucy le explicó que la llevaba porque estaba esperando a alguien; entonces Montse sin darse cuenta exclamó: «¿Usted también?!». Lucy la miró divertida: «Sí, yo también. Supongo que todos esperamos a alguien». Y se lo contó todo mientras servía el café para las dos en floreros. (¡Era verdad! ¡Era verdad!).

«Dos mujeres sin un céntimo coincidieron en una celebración en Sevilla». Así comenzó el relato de la señora Lucy. El acontecimiento era la reunión que cada cinco años celebraban los graduados de una promoción de la universidad de Sevilla: ninguna de las dos mujeres había asistido jamás a esa universidad, pero se colaron en la reunión y todas las personas con las que se encontraron afirmaban recordarlas. Hubo incluso muchos comentarios sobre lo guapas que seguían estando aquellas antiguas compañeras. Las impostoras habían investigado el asunto y sabían lo que tenían que decir y las preguntas que debían hacer. Se llamaban Safiye y Lucy y nadie hubiera adivinado su pobreza, ya que habían dedicado la mayor parte de la tarde anterior a liberar diversas prendas de ropa exquisita de sus guardianes.

Las dos pobretonas conocían todos los gajes del oficio y la incapacidad para reconocerse mutuamente fue uno de los principales inconvenientes de ser impostoras eficientes. Ambas mujeres iban de ciudad en ciudad bajo infinidad de personalidades y ambas pensaban que la colaboración era para los débiles. Lucy y Safiye no habían acudido a esa reunión en busca de amistad o de amor; estaban allí para hacer contactos. Antes, cuando se habían deslomado en un trabajo honrado —Lucy en una panadería y Safiye en un matadero—, a menudo se preguntaban si sería cierto que había personas a las que les caía dinero simplemente porque tenían aspecto de estar acostumbradas a disponer de él a montones. Como estaban bendecidas con rostros fáciles de olvidar y el don de la desvergüenza, ambas se dedicaron a poner a prueba esa teoría y habían descubierto que funcionaba. A Safiye le gustaba contemplar cuadros y necesitaba dinero para crear su colección. Lucy era una artista siempre necesitada de pintura, pinceles, trementina, luz adecuada y lienzos suficientes sobre los que cometer errores útiles. Lucy estuvo casada durante un tiempo con un tipo raro de payaso, de esos que no dan miedo a los niños: «Después de todo, es uno de los nuestros, lo puedes ver en sus ojos», se decían. «Qué gracioso que sea tan alto». Pero a Lucy y su marido no les había funcionado

demasiado lo de estar casados: el vínculo resultó más pesado de lo que su desenfadado noviazgo les había permitido imaginar, aunque estaban de acuerdo en que había merecido la pena intentarlo. Mientras esperaban el divorcio, el marido de Lucy le enseñó los juegos de manos que terminaría por utilizar para desvalijar cualquier bolsillo que se le pusiera a tiro. La noche que conoció a Safiye le robó los pendientes directamente de sus orejas y cuando se retiró a un rincón tranquilo de la mansión para inspeccionarlos descubrió que eran de bisutería. Luego se dio cuenta de que le faltaba su pulsera de metal y enseguida se percató de que solo se la podría haber quitado la persona a la que ella había robado; las baratijas y aquellas delicadas orejas la habían despistado. Lucy, arrinconada por un banquero cuyo falso recuerdo de haber estado enamorado de ella desde el primer curso podría resultar rentable, vaciló entre una decisión sensata y otra temeraria. Pero Lucy siempre apostaría por la temeridad. Encontró a Safiye en el jardín apoyada contra una lámpara de aceite y pudo comprobar que no era la única mujer insensata del mundo, ni siquiera de aquella reunión, porque Safiye tenía el brazalete pulido de Lucy en la mano y lo hacía girar hacia uno y otro lado para atrapar luciérnagas en la ondulante y transparente manga izquierda de su vestido. Y todo ello a riesgo de prenderse fuego, aunque desde donde Lucy se encontraba Safiye parecía estar hecha de fuego, con el brazo izquierdo lleno de lucecitas danzando que parecían brotar de su propia carne. Eso o estaba volviendo a convertirse en fuego.

Abandonaron temprano y a toda prisa la reunión junto con un pequeño grupo de asistentes incapaces de seguir fingiendo que todo había sido un éxito. Tras meterse en la cama de Lucy, ya no salieron de allí en días. ¿Cómo habrían podido, si Lucy conseguía colmar todos los deseos de Safiye con la punta de los dedos y si cada lengüetazo juguetero de Safiye llevaba a Lucy al borde del éxtasis? Se quedaron dormidas mientras cada una planeaba escapar en mitad de la noche. Después de todo, su pasión las dejaba completamente inermes y eso era algo que les daba pánico. Planearon escapar, pero se despertaron entrelazadas. A Lucy le tocaba decidir si Safiye se quedaba o no. Porque, ¿quién sabía lo que Safiye podría exigir de repente y conseguir de Lucy? «Deja de respirar. Deja de tomar té». La situación mejoró cuando se les ocurrió que también podían hablar; a medida que iban conociéndose se dieron cuenta de que lo que les atemorizaba era que su yo se agotara. Pero, por el contrario, cuanto más amaban más quedaba por amar. A veces era necesario separarse durante meses para birlar objetos valiosos utilizando métodos que evitaban describir con detalle. Lucy enviaba a Safiye cuadros y flores de

azahar, y Safiye mandaba un flujo constante de potenciales modelos a Lucy. Las enamoradas discutían sobre ello; a Lucy le parecía que Safiye trataba de engatusarla para que llevara una vida respetable. Lucy se había prometido que solo pintaría retratos de personas que le resultaran fascinantes y era un engorro tener que inventar excusas para no aceptar encargos de retratos.

—No pasa nada, simplemente no se te da bien hacer regalos —decía Lucy con una sonrisa que pretendía ser conciliadora.

Los regalos no importaban cuando estaban juntas y los regalos no deberían importar cuando estaban separadas. Pero Safiye se sentía ofendida.

—¿Pero de qué hablas? ¡No vuelvas a decir que soy mala haciendo regalos!

Si Lucy hubiera podido retirar algunas de sus palabras, habrían sido las que le dijo a Safiye sobre sus regalos poco adecuados; si no las hubiera pronunciado, Safiye jamás habría decidido robar aquel regalo con que demostrarle que estaba equivocada y no la habrían atrapado.

Las amantes pasaron juntas la Navidad y luego se separaron: Lucy partió hacia Grenoble y Safiye hacia Barcelona. Se escribían a la lista de correos de sus ciudades y a comienzos de abril Safiye le contó en qué consistía el día de Sant Jordi. «Lucy, aquí es costumbre intercambiar libros y rosas el día 23 de abril. ¿Lo haremos nosotras?».

Lucy se puso alegremente manos a la obra. Primero consiguió papiro y confeccionó un libro, página por página; las cosió todas y elaboró una cubierta de cartón. Luego llenó cada página de recuerdos; dibujó capullos de rosas inglesas y rosas chinas en plena floración, rosas Bourbon de color rosa trepando por muros y arriates rebosantes de rosas mosqueta. Dibujó todas las rosas que había visto en su vida de la forma más realista que pudo (cuando sombreaba los pétalos, el papel rugoso se convertía en seda) y en esas perdurables formas se las ofreció a Safiye. La confección de ese libro de rosas coincidió con un período en la vida de Lucy en el que estaba ganando dinero sin tener que engañar a nadie. Se había topado con un jugador empedernido que observó que ella le calmaba los nervios de forma milagrosa. Cuando ella se sentaba a su lado siempre ganaba al *blackjack*, por lo que acordaron que él le daría el diez por ciento de las ganancias de cada noche. Este hombre solo jugaba cuando las apuestas eran altas, de manera que ganaba mucho dinero y ambos estaban contentos. Lucy no sabía lo que sucedería cuando se les acabara la suerte; lo único que esperaba era que no se pusiera violento con ella, porque entonces ella tendría que hacer lo mismo. Sería una pena porque el hombre le gustaba. Nunca le ponía las manos encima, siempre preguntaba

cómo estaba Safiye y estaba muy enamorado de su esposa, que también lo amaba y creía estar casada con un vigilante nocturno. La mujer del jugador habría enloquecido de miedo si hubiera visto lo cerca que estaba cada noche de perder los ahorros de toda una vida, pero no sospechaba nada, así que le preparaba cenas ligeras para comer en el trabajo, algo que el hombre no podía ni siquiera mirar (su estómago siempre se revolvía cuando tenía que desafiar a la Diosa Fortuna), así que Lucy se comía sus cenas y las disfrutaba mucho, y el sabor de las aceitunas aliñadas con hierbas permanecía en su boca, y cuando bebía vino podía saborear todo el verdor de las uvas.

Desde donde Lucy se sentaba junto a su jugador podía mirar a través de una ventana de dos hojas; desde allí veía una larga calle que conducía hasta el pie de una montaña. Lo que más le gustaba a Lucy de aquella vista era que a medida que la noche iba dando paso al amanecer, la montaña parecía deslizarse por la calle. Avanzaba de puntillas, como si temiera que alguien la sorprendiera. En la medida en que una efímera cosa hecha de carne y hueso puede recordar (o presagiar) lo que es ser piedra, Lucy comprendía el deseo de la montaña de ponerse a escuchar en la ventana de un antro de jugadores y reconfortarse al calor de toda la esperanza y la desolación que flotaban en el ambiente. Le habría gustado que la montaña consiguiera un día encogerse hasta convertirse en un guijarro para poder entrar rompiendo el cristal y deslizarse hasta un rincón desde donde absorber felizmente la vida tabernaria mientras el lugar permaneciera abierto. Lucy trató de escribir algo a Safiye sobre lo que veía a través de esa ventana, pero le pareció que su descripción de la montaña resultaba tan nostálgica que resultaba desagradable leerla. No envió la carta.

Safiye había comenzado a trabajar como doncella de una señora, un puesto adecuado para ella, que contaba con la paciencia necesaria: puede llevar meses descubrir dónde se encuentra la caja fuerte en una casa, y no digamos averiguar el código que permite acceder a su contenido. Pero ¿era realmente ese el plan de Safiye? Lucy tenía la impresión de que se estaba dejando arrastrar de nuevo por la engañosa vida convencional. En sus conversaciones, Safiye sacaba a colación incómodos temas como «el futuro», la necesidad de seguridad y la posibilidad de realizar a lo sumo una operación más. De vez en cuando Lucy dejaba de trabajar en el libro de las rosas para escribir y enviar breves notas:

Safiye:

He estado tan ocupada que no he tenido tiempo de pensar; me temo que solo podré enviarte un regalito para el día de Sant Jordi sobre el que me hablaste en tu carta. Imploraré perdón cuando te vea.

Safiye replicaba:

Por pequeño que sea tu regalito, estoy segura de que el mío aún lo es más.

Te reirás cuando lo veas, Lucy.

Lucy respondió:

¡Siempre tan competitiva! Sea lo que sea que estés haciendo, procura que no te atrapen. Te quiero, te quiero.

El 23 de abril Lucy recogió en Correos un sobre donde Safiye había escrito a mano su nombre. Contenía una llave colocada en una cadenita y un mapa de Barcelona con una pequeña rosa negra dibujada en él. Lucy rebuscó en el sobre pero no había nota alguna. «Ni siquiera ha sido capaz de enviar un libro», pensó Lucy, chasqueando la lengua un tanto decepcionada. Todavía no había enviado el libro que ella había confeccionado y mientras hacía cola empezó a pensar en quedárselo.

La mujer que le antecedió en la cola estaba leyendo el periódico y Lucy vio el rostro de Safiye —más bien una reproducción del mismo bastante mal bosquejada— y leyó la palabra BARCELONA en los titulares. Sintió que se le helaba el corazón, como si la sangre se le hubiera espesado y no pudiera correr por las venas. Leyó lo suficiente para comprender que la policía buscaba a una doncella con relación a un asesinato y a una serie de delitos de los que se sospechaba era la autora bajo otros nombres.

¿Asesinato? Imposible. Safiye no. Lucy retrocedió hasta que encontró una pared en la que apoyarse. Se quedó allí descansando hasta que se sintió capaz de caminar hasta la estación donde compró billetes y un periódico del que leyó una única página mientras esperaba la llegada del tren. Iría hasta donde le llevara el mapa que tenía en el bolso, encontraría a Safiye, ella le explicaría todo y ambas se partirían de risa. Estaba claro que tendrían que abandonar Europa. A lo mejor incluso tendrían que ganarse la vida honradamente, como proponía Safiye, pero, por favor, por favor, por favor... Esta súplica se repitió en su interior durante todo el viaje (cambió tres veces de tren y duró casi todo

el día). Cada vez que cogía un nuevo tren, una montaña parecía seguirla — cada vez que miraba por detrás de su hombro, allí estaba, infatigable—. Le gustaba pensar que era su montaña, la que vio por primera vez en Grenoble, que ahora se aliaba con ella hasta que encontrara a Safiye.

El mapa de Safiye condujo a Lucy hasta una puerta toscamente labrada en un muro. No parecía una puerta que pudiera abrirse, sino una tapia para ocultar un fallo en la pared de ladrillo. La llave entraba en la cerradura y Lucy se adentró en un jardín tapiado rebosante de rosas. Caminó envuelta en oleadas de perfume, levantando a su paso enredaderas de eglantina y escaramujo mientras pequeñas mariposas de color azul pálido se dispersaban en todas direcciones. Safiye había dicho que Lucy se reiría al ver el tamaño de su regalo y quizá lo hubiera hecho de haberla encontrado. Al fin y al cabo nunca antes le habían regalado un jardín secreto. Pero los periódicos decían que esa mujer que se parecía a Safiye había matado a su patrona, y Lucy temía que fuera cierto y la razón de ese regalo. Cuando oscureció pensó en quedarse a dormir entre las rosas del jardín, como si las perfumadas ráfagas del aire pudieran aportarle alguna respuesta. Pero era más práctico encontrar a Safiye que soñar. Pasó dos semanas dando vueltas por la ciudad, escuchando lo que se decía de la doncella que había asesinado a su señora. No se atrevió a regresar al jardín de las rosas, pero tenía la llave en torno al cuello con la esperanza y el temor de que alguien la reconociera. Pero no fue así y optó por regresar a Grenoble antes de que se le agotara el dinero. Su jugador estaba en el hospital. Había sufrido graves pérdidas en la mesa de *blackjack*. Su mujer descubrió al fin lo que se traía entre manos y demostró poseer una fuerza totalmente inesperada («fuerza sobrehumana», en las palabras de él mismo): le rompió ambos brazos y luego se fue a vivir con un carpintero que le había estado haciendo compañía mientras él se dedicaba a sus operaciones financieras. A pesar de todo, se alegró de volver a ver a Lucy: «¡La fortuna me sonríe de nuevo!». ¿Qué podía hacer Lucy? Le preparó sopa y cuando no estaba junto a la cabecera de su cama se dedicaba a robar carteras para pagar las facturas del hospital. Todavía siguen siendo amigos: él se quedó impresionado por los cuidados que ella le dedicaba y ella se sorprendió de que a él nunca se le ocurriera culpar a nadie de sus problemas.

Pocas semanas después de su regreso a Grenoble hubo un temporal de primavera que llenó las calles del musgo de las cimas de las montañas. La tormentosa noche convirtió la ventana de la habitación de Lucy en una puerta; sumida en el sueño, Lucy comenzó a percibir que había algo más que lluvia golpeando el cristal..., alguien estaba llamando. Medio dormida, se dirigió

tambaleándose a la puerta para correr el cerrojo. Cuando Safiye se deslizó por fin dentro del cuarto, tiritando y empapada hasta los huesos, se besaron durante largo tiempo, se besaron hasta que Lucy se despertó del todo por el castañeteo de los dientes de Safiye contra los suyos. Lucy cogió una toalla y, mientras Safiye realizaba un conmovedor amago de *striptease* ante ella, envolvió a su amada para que entrara en calor y la abrazó sin preguntar lo que tenía que preguntar.

Al cabo de un rato, mientras Safiye hablaba, su voz estaba tan inalterada que parecía más un recuerdo que algo presente y real.

—Hoy he preguntado por ti e incluso he caminado detrás de ti por la calle durante un buen rato. Compraste un lazo para el sombrero y una bolsa de cebollas y con el lazo has hecho un negocio redondo. A veces incluso he pensado que me descubrirías, pero ahora sé que no. Se te ve muy bien. Estoy orgullosa de ti. En cambio yo tan solo he conseguido coger una llave y embrollarlo todo. Yo te quería dar..., yo te quería dar...

—Duerme —le dijo Lucy—. Duerme y no digas nada.

Esto fue lo único que consiguió decirle. Pero Safiye había venido a explicarle lo de la llave: «La llave, la llave...», era como una obsesión, y no se dormiría hasta que Lucy la hubiera escuchado.

Desde el principio a Safiye le había provocado una ligera aversión la forma de hablar de su patrona, la señora del Olmo:

—Esa mujer tenía una noción del intercambio muy curiosa... Cuando se acordaba de alguien que le había dado algo, siempre le parecía poco y estaba convencida de que el otro se había quedado la mejor parte. En cambio, cuando recordaba haber dado ella algo, siempre era tanto que casi se arruinaba.

Aparte de eso, a Safiye no le agradaba ni le desagradaba particularmente la señora del Olmo, y prefirió concentrarse en crear su inventario mental de los tesoros de la casa, que eran muchos. También estaba la llave que la mujer llevaba en torno al cuello. Jugueteaba con ella mientras entrevistaba a un jardinero tras otro; Safiye asistía a las entrevistas, tomaba notas y leía las referencias de los candidatos. Pero ninguno de ellos parecía capaz de cumplir el requisito de absoluta discreción exigido por la señora del Olmo: el jardín debe estar cuidado, pero también mantenerse en secreto. Finalmente Safiye le ofreció sus propios servicios como jardinera. Para entonces ya se había ganado la confianza de la señora del Olmo, que le permitía atravesar la ciudad con ella hasta la puerta del jardín, abrirla y hasta mirar el interior. Safiye comprendió inmediatamente que aquel lugar no se sometería jamás a la mano

de ningún jardinero; también descubrió que los rosales eran regalos perpetuos, ofrecían un estudio pródigo en milagros donde Lucy podría trabajar, deleitarse y estudiar el color. La señora del Olmo ordenó a Safiye que esperara fuera, entró en el jardín y cerró la puerta tras ella. Al cabo de media hora volvió a salir sin aliento y con las mejillas encendidas:

—¿Cómo si acabaran de besarla? —preguntó Lucy.

—Nada de eso. Más bien parecía como si la hubieran agarrado y sacudido como un termómetro de mercurio defectuoso. Le pregunté si había alguien más en el jardín y me respondió hecha una furia: «¡No! No, ¿por qué lo preguntas?». La señora del Olmo había cogido un magnífico ramo de rosas amarillas con vetas de color lavanda, unas flores tan vívidas que la mano que las sostenía parecía de cartón. La señora del Olmo mantuvo las flores en el regazo durante todo el trayecto en coche a casa y para cuando llegamos ya se había tranquilizado. Pero yo pensaba que había alguien más en el jardín: si no, la pregunta no le habría molestado tanto, ¿no crees?

—Cuando yo estuve no había nadie más —dijo Lucy.

—¡Así que estuviste allí! —exclamó Safiye.

—Sí, y solo había rosas.

—Solo había rosas...

—Así pues, ¿cómo conseguiste la llave?

Ahora ambas se miraban fijamente, Safiye tratando de detectar incredulidad y Lucy, una mentira.

—Por la noche fui al salón de mi patrona para ver si deseaba algo más antes de que me fuera a dormir. Las otras dos personas que tenía empleadas eran un cocinero y una criada para todo y no vivían con nosotras, así que ya se habían ido a su casa. Llamé a la puerta y nadie me respondió, aunque escuché un sonido.

—¿Un sonido? ¿Una voz?

—Sí..., bueno, no. Era un crujido, como un picaporte oxidado girando, o como el chirrido de los goznes de una puerta de madera forzada, aunque yo diría que era, estoy casi segura, el sonido de algo que crecía. A veces pienso que si pudiéramos escuchar crecer a los árboles los oiríamos... crujir... de esa manera. Volví a llamar y el crujido se detuvo y dio paso al silencio. Un silencio que me dio muy mala espina. Entonces pensé que tenía que hacer algo..., si dejaba la puerta cerrada y luego resultaba que alguien podría haberse salvado si la hubiera abierto a tiempo, no habría podido soportarlo..., así que tenía que abrir la puerta a toda costa. Recé para que estuviera cerrada, pero se abrió, y vi a la señora del Olmo en pie junto a la ventana, a la luz de la

luna y de espaldas a mí. Sujetaba una rosa en las manos como si fuera a bebérsela. Estaba de pie, muy tiesa; nadie está en pie de esa manera, ni siquiera los bailarines en el escenario...

—¿Muerta?

—No, si te parece estaba echando un sueñecito. ¡Joder, pues claro que estaba muerta, Lucy! ¡Completamente muerta! Encendí la lámpara de la mesa y me acerqué. Tenía los ojos abiertos y en ellos se podía percibir cierto *entendimiento*..., por un momento pensé que iba a hacerme callar; parecía comprender lo que le había sucedido y estar a punto de decir: «¡Chsss! Ya lo sé, ya lo sé, y tú no tienes que saberlo». Era una imagen espantosa, no sabes qué espantosa era. Pero cuando bajé la vista y miré el resto del cuerpo para tratar de olvidar el rostro, vi tres cosas en rápida sucesión: una, que el color de la rosa que sujetaba era diferente del color de las rosas del jarrón del alféizar de la ventana. Las del jarrón eran amarillas con vetas de color lavanda, como te he dicho, y la que tenía ella en la mano era naranja con vetas marrones.

Lucy hizo mentalmente las mezclas de colores. ¿Qué convierte el amarillo en naranja y el azul o el morado en marrón? El rojo.

—También vi que tenía un agujero en el pecho.

—¿Un agujero?

—Una pequeña y precisa incisión —aclaró Safiye golpeando suavemente en el centro del pecho de Lucy—. Iba de un lado a otro y, sin embargo, no había sangre.

(Toda estaba en la rosa).

—¿Y qué más?

—El tallo de la rosa era naranja. —Safiye se puso a temblar de nuevo—. ¿Cómo podía contar eso a la policía? ¿Cómo iba a decirles que fue así como la encontré? A la rosa le había crecido una especie de cola. Larga, curvada, espinosa. Salí huyendo.

—Después de coger la llave —le recordó Lucy.

—Cogí la llave y salí corriendo.

Las amantes cerraron los ojos para dejar de pensar y de los pensamientos pasaron al sueño. Cuando Lucy se despertó, Safiye se había ido. Dejó una nota —«Espérame»— y esa fue la única prueba de que la visita nocturna no había sido un sueño.

Diez años después, Lucy seguía esperando. La espera había cambiado su vida. En primer lugar, abandonó Francia y se fue a España. El nombre que utilizaba ahora era su auténtico nombre, el que Safiye conocía, para que así pudiera encontrarla. Utilizar su nombre real significaba que debía mantener

limpia la reputación asociada a él. Enseñó el libro de rosas que había hecho para Safiye al propietario de una galería de arte; el hombre le pidió que pusiera precio, de modo que pidió una cantidad que ella misma encontraba escandalosa. A él le pareció razonable y se la pagó en el acto. Luego le pidió más libros. Y así fue como Safiye consiguió que Lucy terminara llevando una vida respetable.

La separación de Safiye impulsó a la señora Lucy a pintar paisajes en los que la buscaba. Ella apenas se autorretrataba, pero Safiye aparecía en todos sus cuadros y mirarlos hacía que el espectador participara en la búsqueda de una mujer perdida, una búsqueda angustiada, porque de algún modo verla en estas pinturas nunca significaba que la hubiera encontrado. Lucy también pintaba otros temas; estaba trabajando en su propia visión del Juicio de Paris y Montse había estado dedicando sus pausas para comer a posar para el estudio de Afrodita. Pero como Montse era una persona inquieta, continuamente había que decirle: «¡No, no, no, quédate como estabas!». Luego la señora Lucy se acercaba y le levantaba la barbilla o deslizaba los dedos por su pelo para que le cayera sobre los hombros de una manera determinada. Y la contemplación de aquel delicioso ceño fruncido sobre los ojos que la miraban aturdió de tal manera a Montse que se sentía feliz solo por estar exactamente donde estaba siempre que la señora Lucy estuviera también.

Pero estos no eran los cuadros que se vendían. Fueron las pinturas de la mujer perdida las que hicieron famosa a la señora Lucy. Se creía que la mujer perdida era una representación de la propia pintora, pero si alguien hubiera preguntado a Montse sobre el asunto ella hubiera estado en desacuerdo: ya conocía muy bien algunas de esas pinturas cuando encontró unas cuantas de ellas expuestas. Los domingos por la mañana era el día en que se paseaba en silencio entre ellas. Safiye cruzaba un valle nevado de espaldas al espectador y no dejaba huellas. En otra pintura Safiye descendía por una escalera de nubes; y en el siguiente cuadro se había convertido en una mujer de cabello gris con los ojos cerrados que se transformaba en polvo mientras se borraba con una pequeña brocha que sostenía en la mano izquierda.

—¿Y el jardín? —preguntó Montserrat.

Lucy sonrió.

—Sigue siendo mío. Voy allí una vez al año. La cerradura nunca cambia; creo que el lugar ha sido olvidado por completo. Aunque quizá algún día ella me estará esperando allí.

—¡Ojalá! —mintió Montse—. Pero ¿no hay ningún peligro en ese lugar?

—Entonces, ¿crees lo que ella me contó?

—Pues... sí.

—Gracias, gracias por decirlo aunque no lo creas. Los periódicos dijeron que la señora Fausta del Olmo fue apuñalada..., lo que explicó Safiye se aproximaba bastante...

Montse pensó que ni siquiera en ese momento sería difícil transformar una media duda en algo más sustancial. Podría decirle, simplemente: «Me conmueve su constancia, señora, pero creo que está esperando a una asesina». No tenía nada de extraño que Safiye hubiera huido de una muerte tan extraña, pero que hubiera tenido la presencia de ánimo para coger la llave ya era mucho más raro. O había que ser Safiye, pensaba Montse, para comprenderlo. E incluso siéndolo, Montse no estaba segura de lo que habría hecho o dejado de hacer en esa situación. Si esa era la manera de averiguar quién es realmente uno, entonces no quería saberlo. De modo que sí, Montse podía contribuir a que la señora Lucy siguiera albergando sus dudas, pero no era decente aprovechar esa ventaja.

—¿Y qué pasa con tu propia llave, Montserrat?

La llave de Lucy centelleaba mientras que la de Montse tenía un aspecto triste y mortecino; quizá solo estuviera chapada en oro. La frotó con el delantal.

—Creo que es pura chatarra.

Todas las tiendas estarían cerradas para cuando Montse acabara de trabajar y al día siguiente era Sant Jordi, de modo que Montse corrió a la librería de enfrente y eligió un libro con una cubierta bonita para regalárselo a la señora Lucy. Este recado, junto con la larga historia que le había contado la señora, hicieron que Montserrat llegara una hora tarde a la lavandería. Trabajó hasta mucho después de la hora de la cena, escurriendo ropa blanca bajo la vigilante mirada de la señora Gaeta, maldiciendo en silencio las ilusiones espaciales que disimulaban el hecho de que la habitación era tan estrecha como un ataúd. Por fin la señora Gaeta inspeccionó su trabajo y la dejó marchar. Solo hizo una observación sobre el vergonzoso retraso de Montse después de la hora del almuerzo: «¡Que no se repita!».

Montse se retiró a la habitación y a la cama que compartía con otras tres lavanderas más o menos de su mismo tamaño. Por lo general hablaban hasta caer dormidas. Las cuatro eran buenas amigas; no les quedaba más remedio. Aquella noche Montse se metió la primera en la cama y las otras tres se

fueron sumando una a una hasta quedar arrinconada contra la pared del dormitorio, demasiado cansada para sumarse a la conversación.

Mientras Montse había estado compensando las horas perdidas, sus compañeras asistieron a un concierto en el que habían visto fugazmente a algunas de las parejas que más daban que hablar de La Pedrera. Por ejemplo a los Artigas, del tercero, y a los Valdés, del cuarto, lanzándose sonrisas fúnebres. El señor Artigas y la señora Valdés eran amantes con el consentimiento tácito de sus cónyuges. El marido de la señora Valdés, mucho más joven que ella, era un hombre agradable pero muy afectado por lo que consideraba un defecto fatal del diseño del edificio. El ascensor solo paraba cada dos pisos, lo que obligaba a encontrarse con los vecinos al subir o bajar el tramo extra de escaleras. Así fue como la señora Valdés y el señor Artigas se conocieron por primera vez. El señor Valdés esperaba que la relación de su esposa con ese «pisaverde» de Artigas fuera un capricho pasajero. La mujer de Artigas no podía esperar tanto y había hecho unas muy poco discretas averiguaciones sobre la contratación de un sicario hasta que su marido la había contenido jurando que se quitaría la vida si dañaba un solo pelo de la cabeza de la señora Valdés. ¿Por qué Artigas no se divorció de su mujer y pidió a la señora Valdés que dejara a su marido y se casara con él? Lo hubiera hecho sin pensárselo dos veces si él se lo hubiera propuesto (al menos eso dicen las habladurías). Pero el señor Artigas era incapaz de pedir semejante cosa. Su amante era la compañera más encantadora que jamás había conocido, pero su esposa era una heredera. Ningún hombre en su sano juicio deja a una heredera a menos que sea por otra. «Quizá en otra vida, amor mío», decía Artigas a la señora Valdés, lo cual le producía el llanto más gozoso. Y así, entre sus no tan secretas citas, Artigas y la señora Valdés se devoraban con la mirada, la señora Artigas rabiaba como una posesa, y el señor Valdés esperaba pacientemente que se realizaran sus esperanzas cada vez más mermadas. Mientras los residentes redactaron una petición enviada a los propietarios del edificio, pidiendo que tanto Artigas como Valdés se fueran a la calle. Al conserje y su esposa les gustaba el pobre señor Valdés, pero también firmaron la petición porque la reputación de La Pedrera ya era lo suficientemente mala y era dudoso que aquella escandalosa paz durase. Laura, la compañera del otro lado de la cama de Montse, estaba aceptando apuestas.

La mañana del día de Sant Jordi, antes de comenzar a trabajar, Montse subió por las escaleras hasta el tercer piso. Las blancas paredes y las sinuosas formas de las ventanas la envolvieron con la rotunda geometría de una concha marina. Un libro y una rosa, eso era todo lo que llevaba. «Para Lucy, de su

Afrodita». La señora no estaba en casa. Debía de estar en el jardín con sus otras rosas. Montse depositó su regalo ante la puerta del apartamento de la señora Lucy, con la rosa sobre el libro. Luego se fue a trabajar.

—Montserrat, ¿has visto el periódico? —le gritó Assunta entre las tinas de lavar.

—Nunca leo el periódico —respondió Montserrat mientras trataba de desenredar un montón de hebras de hilo.

—Montserrat, Montserrat la de la llave —canturreó Marta a su lado.

Las otras lavanderas la corearon hasta que Montse dejó la aguja y dijo:

—Está bien, ¿cuál es el chiste, chicas?

—Están hablando de un anuncio que sale esta mañana en *La Vanguardia* —dijo la señora Gaeta, colocando el periódico sobre la tapa de la cesta de costura de Montse. Mientras leía, a Montse se le iban cayendo hilos bajo las líneas.

ENZO GÓMEZ DE GÓMEZ, CRUZ Y MOLINA, ESPERA
CONTACTAR CON UNA MUJER LLAMADA
MONTSERRAT QUE POSEE UNA LLAVE DE ORO DE
CUATRO CENTÍMETROS.

Sin decir palabra la sagaz señora Gaeta cogió un hilo escarlata de cuatro centímetros de largo y lo colocó sobre la llave de Montse. Las longitudes coincidían. La señora Gaeta colocó una mano sobre el hombro de Montse y luego se dirigió hacia el centro de la habitación para inspeccionar una pila de ropa recién lavada antes de enviársela a su propietario. Los murmullos en torno a Montse se fueron volviendo ensordecedores.

—No vayas, Montse, ¡es una trampa! Es lo mismo que pasó en ese episodio de *Relámpagos, un veneno indetectable*.

—Ya está Cecilia confundiendo la vida con una de sus queridas radionovelas... ¡Menuda imaginación más sórdida!

—¡Reconócelo, Montse! No se te da bien lavar ropa; ¡tú has nacido para ser rica!

—Y no te olvides nunca, Montse, de que yo, Laura Morales, siempre te he querido... ¿Te acuerdas de cuando compartí mi almuerzo contigo justo el primer día que llegaste?

—Cuando se instale en su nueva mansión nos puede invitar a pasar un fin de semana. ¡Venga, Montse! Solo un fin de semana al año.

—¡Chicas, chicas! —intervino por fin la señora Gaeta—. Me duele la cabeza. Callaos o tendréis que ponerlos a buscar trabajo en el infierno.

Montse no apartó la mirada de su labor. Era la única manera de mantener la cabeza fría.

El abogado Enzo Gómez examinó las manos y el uniforme de Montse antes de mirarla a los ojos. Tenía las manos ásperas a causa de los jabones y el agua; a duras penas pudo reprimir el impulso de ocultarlas en la espalda. En lugar de ello abrió el cierre de su cadena y le entregó la llave. Le dijo su nombre mientras él hacía tintinear un manojo de llaves en su bolsillo.

—La única forma de averiguarlo es probando la cerradura. Así que vamos allá —dijo él.

La ruta que tomaron era familiar.

—A veces voy a una galería de arte que está justo en la misma calle —comentó Montse, haciendo una seña, y al decirlo, él la miró fijamente.

—¿Vas a veces a la Galería Salazar?

—Sí..., exponen cuadros de...

—No sé mucho de los artistas actuales; solo los maestros antiguos son fiables... Pero allí es adonde vamos, a la Galería Salazar.

Gómez se detuvo, sacó una carpeta del maletín y leyó en voz alta lo que ponía en una hoja de papel:

A pesar mío pero de acuerdo con la promesa que hice a mi hermano Isidoro Salazar, yo, Zacarías Salazar, dejo la biblioteca de mi casa en la calle Alhambra, n.º 17, a una tal Montserrat, que vendrá con la llave de la biblioteca como prueba de su derecho. Si la reclamante no apareciera en el plazo de cincuenta años tras mi fallecimiento, que se cambie la cerradura de la biblioteca para poner fin a todo este disparate. Porque si no se puede encontrar a la madre, ¿cómo se va a encontrar a la hija?

Enzo volvió a guardar la carpeta.

—Espero que tú seas la auténtica —dijo—. Hoy he conocido un montón de Montserrats por este asunto, la mayoría de ellas unas oportunistas. Pero tú..., espero que seas tú. ¿Qué sabes de la familia Salazar?

—Sé que el viejo Zacarías Salazar era un multimillonario, que no tuvo hijos biológicos pero sigue apadrinando muchas obras de arte a través de su mecenazgo...

—Veo que te has leído a fondo el catálogo de la galería.

Un empleado de la galería les abrió la puerta y les guio por una serie de corredores empapelados con motivos dorados hasta que llegaron a la biblioteca, una habitación solitaria al fondo de un pasillo. Montse fue vagamente consciente de que Enzo Gómez se enjugaba la frente con un pañuelo mientras ella metía la llave en la cerradura y la hacía girar. La puerta se abrió dejando a la vista una habitación con elevadas estanterías y ventanas aún más altas que seguían la curva de un techo abovedado. La lavandera y el abogado permanecieron en pie frente al estante más cercano a la puerta. Se estrecharon la mano mientras la luz del atardecer iluminaba las lámparas de araña sobre sus cabezas. El abogado recordó la razón de su estancia allí y se dirigió hasta la mesa más cercana para extraer, una vez más, papeles de su maletín.

—Me alegro por ti, Montserrat —dijo, ordenando los papeles sobre la mesa con ligeros golpecitos—. Si necesitas de mis servicios en el futuro no dudes en ponerte en contacto conmigo. —Y dicho esto hizo una inclinación de cabeza, le estrechó la mano y la dejó sola en la biblioteca sin volver la vista atrás. Mientras se alejaba, el temblequeo del dobladillo de sus pantalones fue el único signo visible de sus emociones.

Montse se paseó entre los estantes hasta que la oscuridad lo envolvió todo. Pensó que si la biblioteca era realmente suya debería abrirla al público; contenía más libros de los que era posible leer en toda una vida. Libros sobre el arte de tragar sables y formas de vida descubiertas en el océano, cleidomancia y auroras boreales y otros temas que recordaron a Montse la cantidad de cosas maravillosas que existían en el mundo; cosas que solo había visto en sueños y quería volver a ver, y uno de esos libros, cualquiera de ellos, la conduciría de nuevo hasta aquellas visiones y luego a otras, para que no dejara de ver portentos mientras estuviera despierta. También estaba el olor de los libros encuadernados en cuero y otro aroma débil pero inequívoco: rosas. Se cubrió la cara con las manos y lloró. Se sentía perdida. Había llevado la llave durante tanto tiempo para llegar a este lugar y ahora no sabía dónde estaba. El aroma de las rosas se volvió más intenso, se secó las manos en el delantal, encendió una luz y abrió la carpeta que Enzo Gómez le había entregado.

Esto es lo que leyó:

Montserrat, quiero mucho a tu madre. Quería a todos los que compartían mi casa conmigo. Soy tonto pero no tanto como para rodearme de gente en la que no confío. Yo no sabía lo que sucedía en los pisos de abajo; los de arriba somos los últimos en

enterarnos. Las cosas habrían podido ser muy diferentes. Habrías tenido un hogar aquí, yo te habría mimado y con el tiempo habrías adoptado unos fabulosos aires de grandeza, todo lo cual habría sido maravilloso.

Como te decía, yo quería a todos los que vivían conmigo, pero sentía un cariño especial por Aurelie. Ahora soy un hombre viejo —un viejo libertino mejor dicho—, y mi memoria comete todo tipo de traiciones; solo he conservado unos cuantos recuerdos: algunas palabras que me hacían feliz porque las decía la persona correcta en el momento adecuado y algunas imágenes porque conformaban su propio momento. Una de esas imágenes es la radiante sonrisa de tu madre, siempre ligeramente inquieta, como si incluso en el momento en que te complacía se preguntara «cómo es posible que sea tan encantadora». Espero que tú estés disfrutando ahora mismo de esa sonrisa. Espero que haya vuelto contigo.

Permíteme decir otra cosa inútil: nadie me podrá hacer creer que Aurelie me robó. La única persona que posiblemente tuvo en mayor estima que yo a tu madre fue mi hermano, Isidoro. Él me dijo que le debería donar mi biblioteca. Luego me dijo que ella preferiría que se la diera a su hija. «Hazlo o te acosaré hasta la muerte», escribió. El resto de esta casa está dedicada ahora al arte; hace mucho tiempo que ya no vivo aquí, ni visito la casa. Pero la biblioteca es tuya. Así que disfrútala, querida.

ZACARÍAS SALAZAR

P. D. Encontré la carta de Aurelie para ti entre los papeles de mi hermano. No estoy seguro de cómo llegó allí.

La carta de Aurelie hizo que Montse se pusiera en pie y recorriera los pasillos entre las estanterías mientras la leía, deteniéndose de vez en cuando para sentarse en las cómodas sillas dispersas aquí y allá por la biblioteca. Luego levantaba la mirada de la hoja de papel y recorría las estanterías, contemplando el pasado.

Querida Montserrat:

No me extenderé demasiado porque estoy volviendo a buscarte, así que realmente todo esto no es necesario. Supongo que en realidad me he puesto a

escribir para que mi cabeza vuelva a funcionar correctamente. Será duro dejarte aunque solo sea por poco tiempo pero Isidoro pensó que, en el peor de los casos (que no se producirá), la llave de la biblioteca te traerá aquí de algún modo.

Te contaré la historia de tu llave: un deseo me la trajo hasta mí. Era mi cumpleaños, mi décimo tercer cumpleaños, y Fausta del Olmo era la única que lo sabía. Hay personas a las que los secretos atraen como la mermelada a las hormigas. Fausta es una de ellas. Investiga toda clase de cosas no expresadas y ocultas (no para darlas a conocer, sino para destruirlas y que nadie sepa que existieron). Eso es lo que hace que se acelere su corazón, la destrucción de cimientos invisibles. ¿Por qué? Porque le parece divertido. El amo nos habló una vez de una prima suya, una chica encantadora y alegre, pero tocada del ala, nos dijo. Esta prima se suicidó un día, de repente. Lo hizo después de hablar con una amiga por teléfono. Esa amiga se pasa ahora los días rebuscando en su cabeza las calamitosas palabras que tuvo que pronunciar y ella misma se ha vuelto loca. Mientras el amo nos lo contaba, yo miraba a Fausta del Olmo por el rabillo del ojo. Se estaba riendo por lo bajo y el amo no se percató hasta que la risa de Fausta fue tan estridente que comenzó a atragantarse. Explicó que estaba anonadada por la tristeza y el misterio de lo sucedido, y se santiguó. Pero para entonces yo la temía tanto que no me atreví a contradecirla. No hay quien pueda con Fausta, porque cree en el infierno. El amo piensa que esa creencia la mantiene en el buen camino, pero la verdad es que ella está tan segura de que terminará allí que ya ni se preocupa. Cuando Fausta me trajo un pequeño pastel con una velita y me dijo que pensara un deseo, mi reacción fue decir que no. Es una tontería, pero no quería que Fausta conociera mi cumpleaños por si de algún modo tuviera el poder de quitármelo. Si lo hubiera hecho, yo no habría nacido nunca, no habría tenido la posibilidad de ser yo ni de escuchar la aterciopelada voz de tu padre, ni de enamorarme de él. Tu padre se escapó, y si alguna vez llego a encontrarle no podré parar de abofetearle por lo que hizo, por la forma tan cobarde en que me dejó aquí. Yo todavía no sabía que estaba embarazada, pero estoy segura de que él sí lo sabía. Tuvo que haber desarrollado cierta clase de instinto para esas cosas. Una vez comenzó a decir: «Los niños son tan...», y pensé que iba a decir algo poético, pero terminó la frase diciendo «... caros».

¡Te tendría que estar explicando lo de la llave! Cuando soplé mi vela de cumpleaños mi deseo fue tener un millón de libros. Creo que lo deseé porque

en aquella época mis sonrisas siempre eran forzadas y yo quería que eso cambiara y ser realmente más feliz.

El amo tiene un marido, Pasqual Grec. No es que se casaran por la Iglesia, pero vivían como esposos. Algunos de los demás criados pretenden no tener ojos en la cara y dicen que Pasqual es solo un buen amigo del amo, pero Fausta del Olmo dice que duermen en la misma cama y que como son ricos pueden hacer lo que les dé la gana sin importarles lo que los demás puedan pensar de ellos. Parece que tu llave no quiere que hable de ella, pero lo haré, te prometo que lo haré. El amo y Pasqual tienen peleas, quizá unas tres veces a la semana. El amo no es un hombre que se enfade a menudo, pero le gusta discutir de un modo que enfada a muchas personas. Y Pasqual es amante del aire libre y no le gusta esperar demasiado entre cacerías; así que cuando se siente intranquilo hay peleas, quizá tres por semana. El amo se retira a la biblioteca durante algún tiempo y come y cena allí, y Pasqual sale con los caballos. Pero cuando el amo sale de la biblioteca está mucho más sereno. Pensé que eran los libros los que calmaban al amo. Millones de libros —al menos es lo que parecen cuando echas una mirada fingiendo que no te interesa en absoluto—. Y el día en que pedí mi deseo, la llave de la biblioteca cayó en mis manos. El amo la había dejado en el bolsillo de una bata que me había enviado para lavar. Podría haberse tratado de cualquier llave, pero no fue así. La llave y la oportunidad de utilizarla se presentaron a la vez porque el amo y Pasqual habían decidido pasar el invierno en Buenos Aires. Por entonces yo estaba embarazada de cuatro meses y tenía que vendarme el vientre para ocultarte y poder seguir trabajando en la casa. Por la noche iba a la biblioteca y allí encontraba paz y valor.

No sabía por dónde empezar así que simplemente busqué un nombre que conocía hasta que di con la vida de Juana de Arco, entonces me senté y leí desesperadamente; leí sin parar hasta el final como si alguien me persiguiera por las páginas con un cuchillo de carnicero. La noche siguiente leí la vida de Galileo más despacio; tardé cuatro noches en terminarla porque su destino era difícil de asumir. No cesaba de repetir «qué cabrones», y en una ocasión, después de decirlo, escuché un ruido en un rincón de la biblioteca. Una biblioteca por la noche está llena de sonidos: los libros no leídos no pueden esperar más y anuncian su contenido, algunos haciendo alardes, otros tímidamente, y otros de forma taimada. Pero el sonido que escuché no era causado por un libro. Era como una tos o un estornudo reprimido o un carraspeo, o una mezcla incontenible e impulsiva de los tres. Luego todo quedó en silencio. Hasta los libros se callaron. Miré la estantería que tenía

frente a mí; leí cada uno de los títulos, lomo tras lomo. Había un hueco entre los libros en el que aparecían dos ojos. No eran los del amo, ni los de Pasqual, ni los ojos de alguien que yo conociera.

Reuní el valor para preguntar:

—¿Qué está haciendo aquí?

—¿Qué está haciendo USTED aquí? —preguntó el hombre. Por su voz deduje que no se encontraba bien y mi miedo se disipó; pensé que ambos teníamos nuestras razones.

—¿No ve que estoy leyendo? —le contesté—. Quizá usted debería también leer en lugar de ESPIAR a la gente.

—Quizá —aceptó—. Pero creía que usted podía ser como la otra.

—¿La otra?

—Sí. Pero no le diga que me ha visto.

—¿Por qué no?

—Porque entonces sabrá que yo la he visto a ella... y no quiero que lo sepa hasta que haya hablado con mi hermano.

—¿Su hermano?

—Ya está bien de cháchara, ladronzuela. Ahora tengo que descansar. Pero prométame que no se lo dirá a ella.

No tuvo que describírmela: la persona de la que hablaba solo podía ser Fausta. No tenía ninguna gana de saber qué era lo que había hecho esta vez.

—No soy una ladrona —protesté—. Y no le diré nada a ella. De todos modos no lo he visto, solo he visto sus ojos.

—¿De veras? ¿Y qué te parecen mis ojos, ladronzuela?

—Son los ojos de un viejo amo —respondí, y coloqué *La vida de Galileo* delante de mi cara hasta que le oí alejarse.

Se dirigió hacia el fondo de la biblioteca y subió por unas escaleras (yo no sabía que había una escalera en la biblioteca hasta que le escuché a él subirla), así que mira, Montserrat, y verás que hay una, construida entre dos estanterías, que conducen a una puerta que está en mitad de la pared. Por esa puerta se entra en una ala de la casa que solo conocen unos pocos criados, aunque todos sabíamos que Isidoro Salazar, el hermano pequeño del amo, vivía en esa parte de la casa. Vivía es un decir: todos sabíamos que se estaba muriendo allí y no quería que nadie le hablara ni que se hablara de ello. Un cocinero especial le preparaba la comida según ciertos principios nutricionales de inmortalidad de los que un doctor suizo había hablado al amo, y Fausta nos dijo que ella ponía la mesa y servía las comidas en las habitaciones de Isidoro. Él esperaba en la habitación de al lado mientras ella

lo hacía, y comiera lo que comiese o dejara de comer, siempre se estaba muriendo. Más tarde, cuando pensé en ello, lamenté haber agravado con mis palabras los males de Isidoro.

Al día siguiente, después de que Fausta le hubiera dejado el almuerzo, escribí en un trozo de papel: «Nunca debí comportarme así con usted. La doncella grosera y desconsiderada de la biblioteca», corrí hasta su habitación y deslicé la nota bajo su puerta. Evité la biblioteca durante una temporada, y regresé solo cuando pude escuchar el parloteo de los libros desde el dormitorio de las doncellas donde yo dormía, al otro lado de la casa. Aquella noche él no estaba, pero cuando fui a la estantería en busca de Galileo, vi una nota pegada al libro contiguo. Decía así: «Para la linda ladrona. Lee este libro y luego busca otros».

Algunos de los libros que me recomendó me gustaron; otros me parecieron un rollo. Di vueltas una y otra vez a sus recomendaciones en mi mente. Uno de los libros que eligió era un delgado volumen de poesía que no me dijo gran cosa; lo rechacé con un verso de otros poemas que me había sugerido: «Tal vez rime mas carece de armonía». Respondió con una carta realmente larga y airada: creo que era el autor de esos poemas. No me parecieron buenos.

Isidoro no se acercaba a mí, ni siquiera cuando yo empecé a desear que lo hiciera. Pasábamos las noches leyendo juntos, cada uno a un lado de una estantería, sin hablar, escuchando a los libros que nos rodeaban. Según Stendhal se tarda aproximadamente un año y un mes en enamorarse, si todo va bien. Quizá nosotros fuimos más rápido porque las cosas a nosotros no nos iban bien: cada día me resultaba más difícil mantenerme en secreto y él no podía olvidar que se estaba muriendo; luchó contra el sueño hasta que las pesadillas vinieron a apoderarse de él por la fuerza. Una noche se quedó dormido en la biblioteca: lo había hecho ya otras dos veces, pero por respeto hacia él me marché por una ruta por la que podía pasar sin verle. Pero cuando le oí decir: «No, no...», me acerqué a él sin pensar y me incliné para tratar de averiguar si debía despertarle. Era más joven de lo que traslucía su mirada. No sé qué enfermedad tenía —su efecto era debilitante—, pero al contemplar su rostro me di cuenta de que estaba desmerecido. Se puede apreciar el carácter en el rostro de un durmiente, y el suyo era poderoso. Era el rostro de un hombre orgulloso, vengativo y en absoluto ingenuo, un hombre que se hace preguntas que todavía no ha terminado de responder y que tenía respuestas para algunas de las preguntas que yo me hacía. Abrió sus ojos de anciano y aspiró una profunda bocanada de aire, como si con ella me

estuviera absorbiendo a mí. Debía de parecer que yo estaba a punto de besarle. Nuestras caras estaban muy próximas y mi cabello nos rodeaba a modo de cortinas; si nos besábamos sería nuestro secreto. Lo besé. Luego le pregunté si le había dolido. Dijo que no estaba seguro y que mejor lo probáramos de nuevo. Luego me besó. Después de aquello yo no quería separarme de él, pero tenía que estar de vuelta en la cama para cuando las otras doncellas comenzaran a despertarse.

Montserrat, escribí que estar enamorada de tu padre estuvo bien, pero estar enamorada de Isidoro Salazar fue como un sueño. No por el dinero ni nada semejante. Aquel hombre amaba locamente y sin importarle el plazo de tiempo que sus doctos médicos le habían dicho que le quedaba; me hacía sentir como si nos hubiéramos conocido desde siempre y como si siempre fuese a estar a mi lado. Cuando Fausta del Olmo me llevó aparte y preguntó: «¿No tienes nada que contarme?», tendría que haberseme helado la sangre, pero no fue así. Al fin y al cabo podía estarme preguntando por el embarazo.

Más allá de la escalera de Isidoro había una puerta que llevaba a un jardín vallado. El jardín también era de Isidoro; él mismo plantó todas las rosas y las cuidó hasta que se puso demasiado enfermo para hacer más que pasar las tardes junto a ellas. Íbamos allí a menudo. Desde la parte superior del jardín hasta el fondo había un largo trecho, así que tenía que ayudarlo a tramos. Sí, lo llevaba a la espalda, aunque cueste creerlo. Él estaba somnoliento debido a la medicación —la dosis era cada vez más fuerte—, pero incluso en medio de la neblina medicinal se acordaba de ti y exclamaba: «¡El bebé!». Yo le decía que a ti no te importaba (y no te importaba, ¿verdad?) y que su peso contribuía a equilibrarme. Cuando nos tumbábamos en la hierba se mostraba más lúcido. Amaba mucho sus rosas; una noche le dije que no moriría, que se convertiría en las rosas.

—No me importaría esa clase de muerte si fuera verdad —dijo lentamente—. Pero, espera un momento..., las rosas también mueren.

—Bueno, después de rosa te convertirás en otra cosa. Quizá en una avispa, porque así podrás ir picando a la gente a la que no le gustan tus poemas.

Fue por aquella época cuando comencé a encontrar regalos en mi cama. Pequeños objetos que cada vez se fueron haciendo más grandes. Un peine de nácar, una bolsa de cuero, un chal de cachemir verde. Le dije a Isidoro que dejara de hacerme regalos. Las otras criadas hacían preguntas. Al principio Isidoro se limitaba a sonreír, pero cuando me pidió que le enseñara los regalos, me di cuenta de que estaba perplejo y que no procedían de él.

—¿Estás segura de que no tienes nada que contarme? —me preguntó Fausta del Olmo.

Quizá no fuera más que un rayo de sol que iluminó sus ojos, pero juraría que miró de reojo mi vientre. Añadió que el amo regresaría en dos semanas. Ni siquiera le respondí. Me empujó sin venir a cuento —si no me hubiera agarrado a la barandilla de la escalera me habría caído— y mientras pasaba a mi lado susurró:

—¿Por qué tienes que ser tú la que le visita?

Aquella tarde encontré el último regalo debajo de mi almohada. Era un anillo de diamantes. Guardé la cajita en el bolsillo de mi delantal y la llevé ahí hasta la noche, cuando fui a la biblioteca. Le mostré el anillo a Isidoro y le pregunté qué debía hacer. Dijo que tenía que casarme con él. Él había ordenado a Fausta del Olmo que pusiera el anillo debajo de mi almohada; estaba seguro de que ella era la responsable de los otros regalos, aunque no tuvieran nada que ver con él. Fausta estaba tramando algo, pero nada importaba, o nada importaría, si me casaba con él.

—No hay tiempo que perder —dijo Isidoro.

Lo único que logré fue mirarle con la boca abierta, y luego dije que sí. Como me pidió que buscara un cura a toda prisa desperté a Fausta del Olmo y le rogué que me ayudara. Ella me miró con extrañeza y dijo:

—¿Para qué quieres un cura?

—Me caso esta noche con Isidoro Salazar —respondí.

—¿De veras? Supongo que también es el padre de tu hijo, ¿no? —murmuró mientras sus ojos le chispeaban como siempre que lograba descubrir un secreto.

—Por favor, date prisa.

Fausta del Olmo se puso un abrigo y unas zapatillas y salió en busca de un cura. El religioso no tardó en llegar; era un hombre tranquilo y de rostro afable. Tomó mi mano preguntando cuál era el problema.

—¿Pero no le has dicho que se trata de una boda?

Fausta se encogió de hombros con aire nervioso y yo volví a temerla. Algo iba mal. Llevé al sacerdote a la biblioteca, y Fausta del Olmo nos siguió. Isidoro no estaba allí, pero cuando abrí la puerta de la biblioteca oí cerrarse con un portazo otra puerta, en el otro extremo de la sala. Isidoro había visto a Fausta y escapado a la rosaleda. Fui en su busca, pero Fausta y el cura no me siguieron (se quedaron hablando mientras Fausta señalaba algo...). Ahora me doy cuenta de que era la puerta de la habitación de Isidoro lo que estaba señalando.

Isidoro no estaba en el jardín; tras buscarle durante un rato volví a la biblioteca, pero también estaba vacía. Entonces escuché un gran barullo y conmoción en el resto de la casa, pasos que subían y bajaban por el ala donde estaban las habitaciones de Isidoro. Las vi por primera vez aquella noche; por dentro, quiero decir. El cura que Isidoro y yo habíamos mandado buscar estaba rezando sobre un cuerpo cerúleo que yacía en la cama. Cuando el cura terminó sus oraciones me dijo que no debía tener miedo de decirle la verdad, que nadie me castigaría y que había hecho bien mandándole llamar.

—¿Qué quiere decir? —respondí.

—Este hombre lleva muerto por lo menos un día. No, no lo niegue, jovencita. Observe lo rígido que está. Estaba muy enfermo, ¡pobrecito!, así que para él ha sido una liberación. Usted ha venido esta mañana y lo ha encontrado así, ¿no es eso lo que ha ocurrido? El amo está fuera, así que durante todo el día no supo a quién contárselo hasta que la preocupación le hizo concebir toda esa historia de una boda. ¿No es así?

Todos los criados estaban escuchando, pero respondí que no, que se equivocaba. Me llevé la mano al bolsillo para sacar el anillo y mostrárselo, pero el anillo había desaparecido también.

—¡Mi anillo! —exclamé volviéndome hacia Fausta del Olmo, que replicó con la vocécita más dulce y apagada.

—¿Qué anillo, Aurelie? Ten cuidado con lo que dices.

Después de oír eso dejé de hablar. Contemplé el cuerpo que yacía en la cama y me dije a mí misma que era Isidoro y nadie más. Era un hecho que tenía que asumir —las cosas se torcerían mucho para mí si me negaba a asumirlo—, por duro que fuese.

El cura se marchó, prometiendo escribir al amo en cuanto llegara a casa y todos los criados se fueron a la cama. Fausta fue la última en abandonar la habitación de Isidoro, cerrando la puerta tras ella tan despacio como si hubiera alguien durmiendo dentro. Luego me cogió del brazo y me arrastró escaleras abajo hasta el dormitorio de las doncellas, donde iban a juzgarme. ¿Yo estaba loca o era una vulgar mentirosa? Habían esparcido todos los pequeños regalos que había recibido y estaban hablando de ellos; Fausta les dijo de dónde provenían. Les explicó que yo me había apoderado de la llave de la biblioteca de un bolsillo del amo y había estado vendiendo libros valiosos. Deduje que eso era lo que había estado haciendo Fausta antes de que la interrumpiera con mis visitas a la biblioteca.

—Pero hay que ser idiota para gastar el dinero en estas cosas —me reprochó la cocinera, restregándome el chal verde por la cara.

—Algunas personas son incapaces de pensar en el futuro —añadió Fausta del Olmo.

Otras dos doncellas no se habían entrometido en la conversación y miraban como si no la creyeran del todo. Tal vez tuvieran sus propios problemas con ella. Pero luego Fausta anunció que hasta Isidoro Salazar sabía que yo era una ladrona. Les mostró algunos de los mensajes que me había dejado en la biblioteca, trozos de papel que debió de dejarme durante los días en que no acudí. La palabra *ladronzuela* las convenció. El amo es un hombre desprendido y robarle provoca todo tipo de problemas innecesarios. Ahora que algunos de sus libros habían desaparecido podía volverse mucho menos generoso. Las criadas me sacaron del dormitorio. Fueron a la cocina donde cogieron cacerolas y sartenes que hicieron sonar mientras gritaban: «¡Vergüenza, vergüenza!». Me quedé en la cama sin moverme y me tapé la cabeza con las sábanas, pero ellas gritaban sin parar. Rodearon mi cama gritando «¡Vergüenza, vergüenza, vergüenza!», tan alto que todavía puedo oírlo, «¡Vergüenza, vergüenza, vergüenza!». Salí huyendo y Fausta y las demás me persiguieron chillando por los pasillos con cacerolas y sartenes. Alguien me arrojó una espátula y luego me lanzaron cucharas, algo que puede parecer chistoso a toro pasado, pero que alguien te arroje cucharas de plata en una casa a oscuras es algo terrorífico; las ves brillar contra las paredes como pequeñas espadas antes de golpearte. Habría sido peor si me hubieran arrojado cuchillos: habrían perdido completamente la cabeza.

Conseguí encerrarme por los pelos en la biblioteca y cerré la puerta con llave tras de mí. Escribí, escribo esta carta para ti, Montserrat. Las criadas han dejado de hacer ruido y se han ido a dormir. Nacerás pronto, quizá hoy, o mañana. Te siento cerca. Sé dónde tengo que dejarte. En cuanto a esta carta, se la entregaré a las rosas, y luego debo marcharme de aquí una temporada. ¿Cuánto tiempo? Hasta que esté segura de lo que ocurrió, o al menos entienda el orden correcto en que sucedió. ¿Le di de algún modo más tiempo de vida del que él habría tenido solo? Durante todo el tiempo que llevo escribiendo esta carta he sentido los ojos de Isidoro fijos en mí. Parece decirme que podríamos habernos casado, y que si hubiera llevado al cura en lugar de a Fausta podríamos habernos casado. Está claro que en realidad no puede estar diciéndome nada: lo he visto muerto. ¿Por qué no tengo miedo?

Mientras leía la carta de su madre, Montse no dejó de recorrer la biblioteca. Luego fue hasta la puerta del jardín de Isidoro y la abrió con la misma llave. En el exterior, alguien, sobresaltado, dio unos cuantos pasos hacia atrás. Era la señora Lucy.

—Vi luz por el resquicio de esa puerta —explicó Lucy—. Era algo nuevo.
—Miró por encima del hombro de Montse—. Te cambio una rosa por un libro
—añadió.